

pues el fuego de los chassepots apaga los ímpetus de los más animosos. El general De Pape hace entrar en combate al 2.º regimiento que acaba de llenar el hueco entre la 1.ª división y la 4.ª brigada, y los nuevos asaltantes se unen á las primeras columnas, pero, como éstas, quedan aniquilados casi inmediatamente. Nuestros enemigos llegan hasta las crestas, se defienden tenazmente en ellas, y sobre todo en ellas mueren; en los glacis de Saint-Privat yacen centenares de cadáveres. Entonces se llama al 4.º regimiento que continúa en Sainte-Marie. Los prusianos, sin embargo, se consideran á la merced de un movimiento del adversario, pues no pueden creer, ni siquiera imaginar, que éste carezca de reservas, y con indecible angustia se aperciben á resistir una ofensiva que tal vez completaría su aniquilamiento.

Aquella hora será eternamente una de las más trágicas de la historia militar de Francia. Los dos combatientes temblaban por el resultado de la lucha; pero lo que era para los prusianos acerba zozobra manifestábase en Canrobert por una ansiedad indecible. Vislumbraba el triunfo posible, brillante acaso, y se sentía precipitado en la derrota; tantas víctimas inmoladas delante de sus mismas líneas parecían prenda de victoria, y, sin embargo, sus fuerzas agotadas y su aislamiento le indicaban su ruina. Con todo el ardor de su pasión patriótica invocaba un socorro ó armas, por lo menos: «¡Ah, si tuviera ametralladoras!» decía. Y se imaginaba el efecto de aquellos cañones lanzando desde lejos su lluvia de metralla y asestando el golpe de gracia al enemigo. Al ver que las municiones escaseaban, las pidió á Ladmirault, el cual, siendo como era «buen compañero de batalla (1)», envió las que pudo. En el entretanto, ni la duración ni la intensidad del combate decidían á Bazaine á visitar aquellos lugares; parecía clavado en el fuerte Saint-Quentin, desde donde podía ver, á su izquierda, Metz, el Mosela, en una palabra, todo menos lo que importaba observar. En un billete escrito apresuradamente con lápiz, Canrobert manifestó al comandante en jefe que sus esperanzas se iban desvaneciendo y le anunció la inminencia de la retirada: era el último llamamiento de aquel que, teniendo detenidas delante de sus líneas y como reducidas á polvo las mejores tropas prusianas, iba á sucumbir por falta de refuerzos.

¿Pero es que no había elementos de que echar mano? Quedaba disponible la reserva general de artillería; quedaba sobre todo la Guardia imperial.

La actitud de la Guardia imperial fué una de las extrañezas de aquella jornada tan irregular como trágica. Había permanecido toda la mañana concentrada en Plappeville á la disposición de su jefe, Bourbaki, el cual, ante el indicio de una acción posible, había pedido órdenes, habiéndole contestado uno de los oficiales de ordenanza de Bazaine: «El mariscal os deja en completa libertad.» Algo sorprendido de una latitud tan extraordinaria, Bourbaki se había hecho el propósito de no usar de ella sino en caso de urgencia, si el comandante en jefe se veía en la imposibilidad de comunicarse con él (2). Al comenzar la batalla, había

(1) *Procès Bazaine*, declaración del general de Gondrecourt (audiencia del 28 de octubre de 1877).

(2) *Procès Bazaine*, declaración de Bourbaki (audiencia del 21 de octubre de 1873).

recibido aviso de enviar una parte de los cazadores no hacia la derecha, sino hacia la izquierda, es decir, hacia Chatel-Saint-Germain. Más avanzado el día, habíase distinguido hacia el Norte el humo que salía por encima de las crestas, en vista de lo cual el comandante de la guardia, inquieto aunque no lo bastante, había pedido instrucciones. Bazaine habíale contestado, en forma más bien de consejo que de orden, que podía ponerse á la disposición del 6.º cuerpo, pero sin obrar á la ligera; y entonces la división de granaderos tomó las armas y Bourbaki la condujo á todo evento hacia el Norte, pensando que si necesitaban de él, habría de este modo andado la mitad del camino. A los cuatro kilómetros de marcha, hizo alto en un lugar que consideró propicio y que se denominaba el *Gros-Chêne*, distante sólo tres kilómetros de Amanvillers y cuatro ó cinco de Saint-Privat. Su perplejidad era grande: no sabía nada del plan general, y si por un lado el estrépito cada vez más cercano de la batalla le incitaba á avanzar, por otro temía que si avanzaba demasiado se exponía á ser envuelto por la parte del bajo Mosela y de los bosques. Para anunciar su presencia en el *Gros-Chêne* envió un mensaje no á Canrobert, que estaba más lejos, sino al cuartel general del 4.º cuerpo. En aquel momento el combate se hallaba en su apogeo; la Guardia prusiana cubría con sus cadáveres las laderas de Amanvillers, lo propio que las de Jerusalén y Saint-Privat. Un edecán, el capitán De la Tour du Pin, acudió al galope solicitando de parte de Ladmirault un pronto, un inmediato socorro, y para hacer más persuasivo su ruego, el oficial puso en él todo cuanto á su mensaje podían añadir un valor caballeresco y la exaltación de la batalla. Habiéndole manifestado Bourbaki el temor de verse envuelto por el lado del valle del Mosela y del bosque de Plesnoy si abandonaba su posición, el Sr. de la Tour du Pin replicóle «que acababa de registrar aquellos bosques,» y con familiaridad respetuosa y suplicante añadió: «Mi general, yo que he debutado á vuestras órdenes, no quisiera engañaros. Creedme, el peligro no está allí, sino delante de vos, y delante de vos está también la victoria. Venid, venid.» Presentóse, en esto, otro edecán, el comandante Pesme, que se expresó en idénticos términos, y entonces Bourbaki cedió. El Sr. de la Tour du Pin regresó á Amanvillers á una de caballo y por el camino difundió la buena nueva: «¡El socorro llega, el socorro llega!» «No es muy pronto, que digamos,» replicaban los soldados extenuados, pero recobrando la esperanza (3). En el entretanto, por la vertiente oriental de Amanvillers bajaban los carros de heridos, y más allá, en la carretera de Plappeville, algunos grupos se retiraban desordenadamente. Bourbaki, al salir de un bosque en donde su marcha se había dificultado un poco, topó con aquel reflujo que presagiaba ya la derrota (4); y como se había dejado arrastrar algo de mala gana, temiendo aventurarse demasiado, y como no había recibido del comandante en jefe una orden viril y enérgica diciéndole lo que debía hacer, sintió desvanecerse la confianza que habían logrado infundirle el capitán De la Tour du Pin y el comandante Pesme. ¿Qué

(3) *Souvenirs inédits de M. De la Tour du Pin*.

(4) *Procès Bazaine*, declaración de Bourbaki (audiencia del 21 de octubre de 1873). — *Le général Bourbaki*, por uno de sus ayudantes, págs. 79 y sig.

hemos de añadir á esto? Bourbaki, creyendo que todo estaba perdido, acabó de perderlo todo, pues retrocedió hacia el *Gros-Chêne* y con su retirada desapareció la salvación para el 4.º y el 6.º cuerpos.

Desde el promontorio avanzado de Saint-Privat, como desde un cabo oprimido por el mar, veía Canrobert aumentar la ola que debía sepultarle; sin embargo, aunque cada vez más desalentado, no quería renunciar aún á toda esperanza. Hubo un momento en que se oyó el redoble del tambor en el lindero del bosque: «Es Bourbaki que llega,» exclamó el mariscal; pero no era sino

tuaban frente á Roncourt, y hacia esta aldea dirigíanse también la 48.ª brigada, que al principio había sido enviada á Montois; la 47.ª, que había salido de Sainte-Marie, y algo más atrás la 46.ª El X.º cuerpo, destinado á afirmar las últimas indecisiones de la victoria, tenía su vanguardia en Saint-Ail. Dos baterías, adelantándose á las columnas, acababan de tomar posiciones al lado de las piezas de la Guardia (1).

En aquella tarde trágica Canrobert hizo todo cuanto puede hacer un caudillo valeroso. Comprendiendo que el enemigo iba á rebasar sus líneas, quiso al menos



El general De Pape

el coronel del 100.º de línea que hacía tocar llamada para reunir á sus hombres. Los que sí llegaban eran los refuerzos alemanes. El general De Pape había sugerido la idea de que antes de atacar las posiciones francesas se completara su destrucción por medio de la artillería; y después del asalto sangriento, se recordó aquel consejo. Entonces catorce baterías de la Guardia, disparando sin cesar, cubrieron de proyectiles todo el frente francés desde Amanvillers hasta más allá de Saint-Privat; y á este fuego terrible los nuestros sólo contestaban con algunos cañones. Los cadáveres prusianos que cubrían las vertientes atestiguaban nuestra casi victoria; pero los sobrevivientes, seguros de que recibirían socorros, se mantenían firmes en sus posiciones y se apercibían para avanzar. Nuevos pelotones de tropas que á cada instante se renovaban, acudían á reemplazar á los muertos y á vengarlos. El 4.º regimiento de la Guardia, sacado de Sainte-Marie, prolongaba la izquierda de la 1.ª brigada y por avances sucesivos adelantábase hacia la punta Noroeste de Saint-Privat. A nuestra extrema derecha, los sajones de la 45.ª brigada, dueños de los bosques de Auboué, se si-

cumplir con su deber, y dictó una serie de disposiciones cuya inteligencia han reconocido los mismos alemanes (2). Envío algunos de sus batallones al lindero occidental del bosque de Jaumont, y cuando los sajones, dueños de Roncourt, que ninguna defensa natural protegía, quisieron salir de ella, se encontraron con el fuego de nuestra infantería que les cerró el paso por algunos instantes. Además concentró alrededor de Saint-Privat sus últimos, sus mejores recursos, es decir, once batallones de la división Tixier y tres y medio de la división Lafont de Villiers (3), que se parapetaron detrás de los setos y de los cercados que al Norte y al Oeste de la aldea rodeaban los jardines y los huertos. El enemigo avanzaba; sus fuerzas consistían en una parte de los sajones que habían abandonado Roncourt, y en los soldados del 4.º regimiento de la Guardia, y cuando estuvieron á setecientos ú ochocientos pasos, el fuego de los chassepots sembró el suelo de heridos y muertos. Los asaltantes, desconcertados ante aquella

(1) *Guerre franco-allemande*, tomo II, págs. 840-841.

(2) *Idem*, tomo I, pág. 842.

(3) Véase *Revue d'histoire*, octubre de 1904, pág. 174.

agresión, retrocedieron, mas no tardaron en reanudar el ataque. Canrobert, solo, á pie, sublime de tenacidad y de energía, indiferente á la muerte hasta el punto de no verla, recorría las líneas y con una palabra afectuosa, con un apretón de manos, con un gesto benévolo animaba á los soldados para que no flaquearan; pero la evidencia del resultado definitivo no le permitía ya abrigar ninguna esperanza y por momentos el exceso de la emoción hacía, según se afirma, correr por su rostro las lágrimas. Andando el tiempo, el mariscal había de narrar estos hechos en lenguaje heroico: «Tenía, había de decir olvidándose de sí mismo, valientes soldados y oficiales fieles, y esto me permitió defenderme una hora más (1).»

La artillería debía abreviar aquella insolente resistencia. El comandante del XII.º cuerpo se encontraba cerca de Roncourt y desde allí seguía el curso general de la acción. Las baterías sajonas que habían permanecido cerca de los bosques de Auboué avanzaron, se situaron, dando frente al Sudeste, á mil ó mil doscientos metros de Saint-Privat, y formando un arco de círculo barrieron la aldea con sus fuegos convergentes. Muy pronto hubo en posición 84 piezas, prolongándose esta línea, al Sur de la calzada de Briey, por las baterías de la Guardia, por dos del X.º cuerpo, y más allá por las baterías hessenses. Los proyectiles, disparados de frente, á la derecha y á la izquierda, se cruzaron, destruyendo paredes, hundiendo techumbres y transformando en hogueras las granjas llenas de heridos. Al poco rato la aldea quedó convertida en un montón de ruinas, y como las granadas prusianas hacían insostenibles las últimas defensas, nuestros enemigos creyeron llegado el instante de intentar el esfuerzo supremo.

El tiempo apremiaba. En la planicie, por la parte de Sainte-Marie, declinaba el sol y sus rojizos resplandores al caer sobre Saint-Privat se confundían con las llamas de los incendios. De un extremo á otro de las líneas alemanas suenan tambores y trompetas, oýense las voces de mando y por encima de las columnas asaltantes despléganse las banderas, algunas de las cuales han cambiado de manos cinco veces durante la batalla. Los sajones atacan por el Norte y por el Noroeste; la Guardia por el Oeste y por el Sur, y aun en aquel supremo peligro hay un puñado de hombres á quienes no intimidan la inminencia del peligro ni la certeza de la derrota. Se lucha á la salida del camino de Roncourt, en donde cae muerto el general Craushaar, comandante de la 45.ª brigada; en las inmediaciones de la iglesia se prolonga una resistencia desesperada, en la que se traban algunos de esos combates á la bayoneta, bastante raros en todo tiempo y que seguramente no se verán en las guerras futuras; los alemanes han de poner sitio á las casas y los franceses sólo paso á paso retroceden. Detrás de las tapias del camposanto se concentra una última defensa; pero al fin los sajones y los prusianos quedan dueños de Saint-Privat y de Jerusalén. El general de Pape, á caballo y espada en mano, dirige desde cerca de la iglesia, que está ardiendo, la conquista, señala los puestos y pone un poco en orden aquella confusión de los vencedores; estos penetran en la aldea

(1) *Procès Bazaine*, declaración de Canrobert (audiencia del 21 de octubre de 1873).

triumfantes, lanzando hurras, poseídos de un júbilo fe-roz y sombrío. Los sajones habían perdido 2.000 hombres; en cuanto á los combatientes, por el camino habían caído 8.000, de ellos más de 2.000 para no volver á levantarse.

XX

Canrobert había sido arrastrado lejos del campo de batalla. Había comenzado la retirada del 6.º cuerpo protegida por una retaguardia compuesta del 94.º y del 100.º de línea y mandada por el general Pechot. También los cazadores del general Du Barail intentaron contener al enemigo, y los restos de la artillería colocados en batería mantuvieron á distancia á los vencedores: «Marchábamos en buen orden, dijo posteriormente Canrobert; cada diez minutos me detenía con la esperanza de recibir refuerzos.» En el entretanto, Bourbaki, que primero se había puesto en camino y luego había retrocedido, acababa de dirigirse nuevamente más allá del *Gros-Chêne*. La artillería de la Guardia situó al Sudeste de Saint-Privat las cuatro baterías de su reserva, lo cual era bastante para asegurar, no la reanudación del combate, pero sí la salvación; y la marcha se efectuó, si no con el orden regular de que habla Canrobert, á lo menos sin demasiadas intermitencias y sin confusión. Al través de bosques y barrancos y en medio de las tinieblas, ya densas, los restos del 6.º cuerpo se alejaron de Saint-Privat, que estaba ardiendo, y se encaminaron hacia Saulny.

Del mismo modo que en un tejido poco apretado la rotura de una malla deshace toda la obra, nuestra larga y delgada línea de batalla, rota en su extremo, había de deshacerse gradualmente, replegándose toda ella de Norte á Sur.

El más amenazado era Ladmirault, para quien Canrobert no era simplemente un vecino de combate, sino un protector que, poniéndole al descubierto, lo dejaría sin defensa. A medida que el día declinaba, el comandante del 4.º cuerpo había ido siguiendo con redoblada ansiedad los peligros de su compañero de armas. En las vertientes de Amanvillers contenía á los granaderos de la 3.ª brigada y los hessenses sólo con grandes trabajos avanzaban á lo largo de la vía férrea; pero si al ataque de flanco se juntaba el de frente, toda la línea tendría que ceder. Ya hemos visto los mensajes que Ladmirault había enviado á Bourbaki; convencido del abandono en que se le dejaba, había buscado al Sur la ayuda que la Guardia no se atrevía á ofrecer ó retardaba. Leboeuf hallábase en su cuartel general del *Arbre-Mort* cuando uno tras otro se le habían presentado tres oficiales del 4.º cuerpo, quienes, en términos lacónicos porque el tiempo apremiaba, le habían expuesto la crítica situación de su jefe y habían invocado el interés común del ejército que se vería enteramente comprometido si toda la derecha cedía. Leboeuf, en un principio, habíase mostrado dispuesto á enviar fuertes reservas á Montigny-la-Grange; pero luego, temiendo desguarnecer su derecha, había mudado de parecer y prometido sólo un regimiento, el 41.º de línea. Se acercaba el momento fatal. Mientras los oficiales regresaban con aquella promesa incompleta, presentóse un ayudante de Canrobert, el coronel Lonclas, quien con acento cons-

ternado y con cierta emocionada solemnidad dirigióse al comandante del 4.º cuerpo, diciéndole: «Mi general, el señor mariscal tiene el dolor de participaros que se halla en plena retirada.» Ladmirault por toda respuesta hizo un gesto de abatimiento; desde aquel instante, su principal ambición había de ser evitar que le envolvieran.

Los alemanes avanzaban ya por el hueco que la retirada del 6.º cuerpo dejaba al Norte de Amanvillers. Conquistada Saint-Privat, la artillería enemiga avanza al Sur de la calzada de Briey y coge de flanco á los soldados del 4.º cuerpo; la división Cissey, directamente amenazada, intenta varias acometidas tan heroicas como infructuosas, y el general de Golberg y el coronel Fremont caen heridos y el coronel Supervielle muerto. «Mi estado mayor pierde sus caballos, ha escrito posteriormente el general Cissey; mi escolta queda destruída, dispersada; todo el suelo está sembrado de los restos más espantosos. Anonadado por la artillería, envío á pedir órdenes al general Ladmirault (1).» Este ordena que se abandone el campo de batalla, Cissey se retira por los bosques y la Guardia imperial protege su retirada del mismo modo que acaba de proteger la de Canrobert.

Tal fué la suerte de la división Cissey. La brigada Bellecourt también se retiraba, lejos del lugar de la acción; y al Sur de Amanvillers, la división Lorencez y la brigada Pradier marchaban con menos apresuramiento. En esto, la llegada del 41.º de línea trajo un socorro muy apreciable, pero insuficiente. ¿No sería posible limitar la derrota, manteniendo en sus posiciones de combate los restos del 4.º cuerpo? Un rayo de esperanza impulsó á Ladmirault á avistarse con Leboeuf; pero una corta conferencia con el jefe del 3.º cuerpo desvaneció sus últimas ilusiones, pues éste no podía ayudar á nadie porque bastante tenía que hacer para defenderse á sí mismo. Al mismo tiempo supose que Bourbaki, que se había adelantado para proteger la retirada de la derecha francesa, acababa de retroceder nuevamente á Plappeville. Delante de Amanvillers, de Montigny-la-Grange, de la granja de la Folie, estaban desplegados el IX.º cuerpo, una de las brigadas de la guardia real y detrás el III.º cuerpo. Ladmirault, tristemente convencido de la realidad, autorizó á Lorencez para que se retirara, y en medio de la obscuridad más absoluta, toda la división, y con ella un batallón del 64.º de línea, se replegó por la carretera de Lorry. Transcurrió, sin embargo, la noche sin que los alemanes tomaran posesión de las alturas, y aun algunos de nuestros soldados volvieron sobre sus pasos, los unos para recoger sus mochilas y los otros para llevarse á los heridos. En las ambulancias, amenazadas por el incendio, nuestros médicos continuaron prestando sus servicios; y es más, la brigada Pradier, que se había quedado en Montigny y á la que nadie se había cuidado de dar instrucciones, hasta el amanecer no descendió de nuevo al barranco de Chatel y desde allí se dirigió á Metz. Sólo en nuestra derecha el esfuerzo del adversario había triunfado de la tenacidad de Canrobert y del heroísmo de Cissey; en la prolongación de nuestra línea, la retirada, aunque necesaria, conservaría cierto aspecto de espontaneidad que disimularía la derrota. «Huíamos de las llamas, no

(1) Recuerdos del general de Cissey (*Revue d'histoire*, agosto de 1904, pág. 462).

del enemigo,» dijo más adelante Ladmirault. Hasta la mañana del 19 no se posesionaron los vencedores de las ruinas de la aldea que el 4.º cuerpo había tan valerosamente defendido.

XXI

La historia ofrece á veces singularidades que desconciertan. Mientras terminaba aquella batalla que tan alta había de poner la grandeza de Prusia y tan baja la fortuna de Francia, un hombre padecía todas las angustias de la incertidumbre y otro se tranquilizaba hasta mostrarse casi satisfecho: el primero era el rey Guillermo que estaba en Rezonville; el segundo, Bazaine que se encontraba en Plappeville.

El rey había llegado á eso de las cuatro y media á las alturas de Gravelotte, en el momento en que, como hemos visto, los regimientos de Leboeuf y de Frossard tenían en jaque á los soldados del primer ejército. Steinmetz, ansioso de tomar el desquite, lo había preparado todo para un nuevo esfuerzo, atacando sus tropas, al acercarse la noche, las posiciones francesas de *Moscou* y de *Point-du-Jour*; pero esta tentativa había tenido el mismo desgraciado éxito que las anteriores, pues la infantería alemana había sido precipitada al valle del Mance y nuestra artillería había lanzado sus proyectiles hasta la meseta en que se hallaba el estado mayor real. La retirada había producido una especie de pánico en la retaguardia del ejército, y aun hay quien afirma que, convirtiéndose el temor en espanto, dióse orden de desembarazar los puentes de Ars y de Corny, en previsión de una retirada definitiva á la orilla derecha del Mosela. El II.º cuerpo, que acababa de entrar en acción, no pudo forzar las posiciones francesas ni restablecer la línea de combate; de modo que cuando la toma de Saint-Privat aseguraba á los prusianos la victoria, los cuerpos II.º, VII.º y VIII.º veíanse abrumados por una suerte dudosa, casi adversa. Bajo esta impresión penosa regresó el rey á Rezonville en donde á duras penas pudo instalarse, tan grande era el número de heridos que había en la aldea. ¡Cosa extraordinaria! No sabía más que lo que ante sus ojos se había desarrollado, y lo que había visto avivaba en él las ansias de la derrota. Las peripecias de la jornada habían separado las fuerzas alemanas en dos grandes masas débilmente unidas por el IX.º cuerpo, originándose de aquí la ignorancia casi completa de la otra batalla que se libraba y ganaba dos leguas más al Norte. Al fin, durante la noche llegaron los mensajeros que divulgaron la verdad, aunque no entera, porque hasta el día siguiente no se supo por informes más concretos hasta qué punto tenía Prusia el derecho de triunfar.

¡Cuán diferente la escena en Plappeville! Bazaine había regresado á ese pueblo á las siete, procedente del monte Saint-Quentin, en el momento en que Canrobert sucumbía en Saint-Privat. Hacia el Noroeste, espesas nubes de humo flotaban por encima de las alturas y el horizonte se enrojecía con los resplandores de los incendios. Cuando el general hubo echado pie á tierra, el general Jarrás se le acercó y se aventuró á interrogarle. El comandante en jefe no había querido saber nada del 4.º ni del 6.º cuerpo; y como á su izquierda, único punto de su línea que había tenido á bien mirar, nada es-